

Alambrada

Paisaje ensangrentado,
viento en los huesos del desierto,
flauta de notas blancas.

El fuego arrasa cerros,
salta autopistas. Cercas, postes,
arden en las afueras.

Las armas van a un lado
y las drogas al otro: pasan.
Frontera del desierto.

Hay cristales y coca,
PCP y heroína, y luego
Tipp-Ex y gasolina.

En Juárez, esta noche,
hay tres decapitados: cuelgan
del Puente de los Sueños.

*Hay mesquite y bay yuca,
bay lechuguilla y creosota,
y arbustos y ocotillo.*

Leer pistas, tomar
muestras y descubrir naciones:
gente que no es la nuestra.

Petroglifos apaches
los de la cueva: ciervo, antílope,
las manos de sus hijos.

Se alzó el gato y cayó
sobre el colibrí que comía
y le cortó las alas.

Larga queja nocturna
el tren de carga: de repente
sus cien carros de ruido.

Él me mostró el lugar:
La puerta, dijo. Sí, la puerta:
allí no había nada.

Un millón de acres iban,
con el humo como bandera,
de frontera a frontera.

*Las nueces y los bigos,
cactus de noche florecidos,
el extraño peyote.*

Enloquecen los perros
tras las rejas: se acerca el primo
feroz: transa, coyote.

El desierto florece
bruscamente, vuelto su propio
árbol de arena y sangre.

Cuando el camino eructa,
panzas de ballena violada:
la bomba caminera.

Atraviesa el coyote
la traición, la pena, el horror,
pisa el fuego y el hielo.

En el punto de mira
de la visión nocturna apache
corren los hombres blancos.

El comando se acerca,
escritura espectral de arena:
le entras o le entras.

Antilocapra, liebre,
coyote, jabalí, zorrillo,
puma, gato montés.

Coyotes: pasan gente
por la frontera igual que arena
entre las alambradas.

Frontera, dijo ella,
y apuntó en todas direcciones.
Allí no había nada.

Ni un alma en el camino,
y la patrulla fronteriza,
el dedo en el gatillo.

Botellas de agua exhaustas,
barda en la noche del desierto,
huellas de hombres, espectros.

Niños de veinte años
con estrellas de cinco puntas
y rifles y pistolas.

La ley de nueve puntos.
Buenas bardas: buenos vecinos.
Díganselo a los muertos.

Oeste dorso de diamante,
Mojave, llano, cola negra;
y la víbora quieta.

Solo la palomilla
encontrará, con sus nectarios,
la onagra vespertina.

La liebre muerta, seca,
plana como una tabla, un
bat de críquet de Tejas.

Allá afuera encontré
a la Virgen de Guadalupe,
viendo por la alambrada.

Solo se mueve el águila
en el calor, resplandeciente
en sus termas azules.

Para borrar mis huellas
até a la cola del caballo
las ramas de mesquite.

Estas son solo cercas
y las cercas están en llamas.
Esta es tierra de nadie.

Ve más allá del humo,
ve con los ojos de las águilas:
esta es tierra de nadie. —